Las ideas científicas en la conducta

Las ideas científicas son de carácter puramente intelectual, por lo que su influencia en la naturaleza humana es nula en los primeros períodos de la historia; y cuando empieza á dejarse sentir, es indirectamente, es en tanto que contribuyen á la disolución de las creencias religiosas y del respeto á las instituciones cuya principal sanción, ó mejor dicho, sostén, está en dichas creencias.

Después de los descubrimientos de Copérnico, Kepler, Galileo, Newton, etc., las ideas científicas transformaron las ideas teológicas y cosmogónicas de una pequeña minoría que se ocupaba de las cuestiones intelectuales, y recién en el siglo XVIII se empezó á cumplir una transformación análoga en una minoría no tan pequeña, merced al poder expansivo de Voltaire, Rousseau, Diderot, Helvetius, Condorcet, etc.

No debe atribuirse lo más importante de la explosión de 1879 á la prédica demoledora de los escritores; la revolución se habría producido sin ella, pero su naturaleza habría sido otra. El movimiento partía de la clase más pobre é ignorante, su causa era el hambre; pero su dirección le fué impresa por las ideas de aquellos filósofos, por el *tercer estado*, que era enemigo de la religión y cuya psicología, orientada por las ideas del siglo, exigía imperiosamente nuevas instituciones.

Más adelante los progresos de la Química, desde el gigantesco esfuerzo de Lavoisier; los descubrimientos paleontológicos; la *doctrina de las causas actuales* en Geología; la Anatomía comparada; los descubrimientos de la embriología; la teoría de la descendencia y de la selección; la demostración del principio de la conservación de la energía, (1841); la publicación de la *Estática Social* por H. Spencer, (1842); y todas las ideas derivadas de este fecundo progreso científico, fueron diseñando, en cierto número de inteligencias, una concepción del mundo y del hombre en abierta divergencia con las supersticiones tradicionales y con las instituciones en ellas cimentadas. La idea de causa y la de leyes inmutables se extendió á todos los fenómenos. Hubo pensadores que se formaron la convicción de que en todos los cambios sociales era posible descubrir un cierto orden de sucesión y de coexistencia. La Estadística, entonces de reciente creación, proporcionó suficientes datos para que Quételet pudiera formular con bastante aproximación las leyes de la criminalidad, demostrando que « la sociedad contiene en sí misma los gérmenes de todos los crímenes que van á cometerse. Es ella en cierto modo la que los prepara, y el culpable no es más que el instrumento que los ejecuta. Todo estado social supone, pues, un cierto número de crímenes que resultan como consecuencia necesaria de su organización » (1). Buckle, en su *Introducción á la historia de la civilización*, investigó con bastante éxito la dependencia natural de los fenómenos sociales.

El método inductivo afirmaba el determinismo de estos fenómenos; pero para que sus resultados tuvieran toda la certeza imaginable, faltaba que la

(1) *Física social.*

reprod. en Vía Libre
nº 13, oct. 1920.

deducción concordase con la inducción; había que demostrar la *necesidad* de ese determinismo. Spencer lo hizo por medio de la *ley de evolución*.

Agréguese que los grandes resultados de la biología experimental y las investigaciones sobre la fisiología del espíritu han proporcionado los demás elementos para la formación de nuevas ideas y de nuevos sentimientos contrarios al medio social contemporáneo.

Favorecido por estos medios, un nuevo y grande desplazamiento de la psicología de los individuos se viene operando, sin que exista ningún desplazamiento correlativo en las instituciones. Este desequilibrio, esta falta de correspondencia entre los hombres y las instituciones, crece sin cesar, hasta que una sacudida violenta rompa los diques que mantenían los niveles desiguales. Las instituciones tendrán al fin que reducirse á ser los modos de manifestación de las tendencias individuales, dejando de ser las que modelen esas tendencias, dejando de ser las tiranas del hombre.

La concepción del ser humano como una *resultante*, en oposición á la antigua creencia que lo suponía como teniendo su causa en sí mismo, ó, en otros términos, la idea de la irresponsabilidad personal, permanece una simple idea sin influencia en la conducta para los caracteres insensibles y egoístas; pero se convierte en una fuente de acción perseverante y fecunda en proporción al poder de simpatía de las personas. Así, el grosero egoísta no encuentra en los datos científicos motivo ninguno para salir de su inacción social; pero el que tiene ese exceso particular de vida que llamamos generosidad, ve en esas verdades una guía y un poderoso gérmen de acción.

Lo mismo sucede con el abandono de *la gran superstición política* y con la creencia de que ha llegado la hora en que la adaptación del hombre al hombre y del hombre á la naturaleza no puede proseguirse sino expontáneamente, es decir, en ausencia de todo poder director autoritario. Esta creencia es inútil para el que no comprende más vida que la vida de los animales, especialmente de los animales que andan solos y no se reunen en manadas; pero aquellos que sienten fuerte aspiración hacia una vida humana más alta, aspiración que al principio se irradia en todas direcciones, y, por lo tanto, es débil é ineficaz, encuentran en esas grandes ideas científicas como un encajonamiento del río de sus vidas, encajonamiento que al comprimir la corriente aumenta su fuerza y su eficacia.

Las ideas, no pueden nada en ausencia de los sentimientos; pero los sentimientos son difusos y débiles, y no pueden desenvolverse hasta que las ideas les abren canales y les dan una dirección.

También señalaremos otra forma importante de la intervención de la ciencia en la conducta. Los estudios científicos producen una disciplina mental protectora contra las adquisiciones por vía de sugestión. Y á la sugestión social se debe en gran parte la fuerza de la tradición, de la rutina y de la moda.

Si interrogamos á un individuo cualquiera sobre el fundamento de una de las opiniones que comparte con la mayoría, tal vez encuentre hechos de donde deducirla; pero su razonamiento es posterior á su opinión, la cual tuvo su origen en la sugestión de su medio social. Y no sólo nuestras creencias están viciadas por el poder sugestionador de la sociedad, sino que nuestros sentimientos y nuestros actos están viciados por la misma causa.

Las ideas científicas son el gran disolvente de esa sugestión, dan al que las tiene confianza en sí mismo y espíritu de análisis y de crítica, que le permite discernir y también despreciar los conceptos falsos y las acciones malas que gozan del consensus de la inmensa mayoría.

En los pueblos primitivos apenas hay desarrollo intelectual, y simultánea-

mente con este hecho se observa la gran fijeza de las costumbres. Cada salvaje subordina sus sentimientos de la tribu y á ninguno se le ocurre introducir modificación en las prácticas admitidas. Algunos jefes quisieron cambiar la costumbre; semejante audacia les costó el poder.

En nuestras ciudades, todavía es inmensa la subordinación de las aspiraciones individuales á la opinión social dominante; por lo que no sólo la fecundidad de las ideas y de los sentimientos (que nace de la variedad y concurrencia de los mismos) está detenida, sino que esa subordinación origina una psicología en gran parte opuesta á las necesidades reales de la vida. La evolución y la propagación de las ideas científicas atenúa todos estos males.

JULIO MOLINA Y VEDIA.

una pequeña ventaja para el gremio que la declara, pero para la clase obrera toda, es naturalmente mala, porque su resultado es recargarla en tanto que consumidora.

Sin embargo, las huelgas de esta clase, como casi todas las cosas malas, tienen su lado bueno: ellas son el pretexto para exitar el sentimiento de solidaridad entre los trabajadores. Ellas rompen la rutina del taller y permiten echar la mirada un poco más allá del detalle mezquino que nos ocupa á cada instante en la labor diaria. En los días de huelga el espíritu del obrero se halla más libre, más capaz de comprender los grandes problemas de la vida. Entonces, las ideas se propagan, los sentimientos se contagian y la fuerza de voluntad que parecía muerta, revive. Entonces es el momento oportuno para que los hombres de corazón dejen oir su voz en medio del pueblo.

Por un momento olvidad lo que os está más próximo. Pensad en vuestros hijos hechos hombres; en la situación en que los podrá sumergir vuestra debilidad, vuestra ignorancia, vuestro servilismo. Porque si la clase oprimida permanece impasible ante los parásitos que le chupan su sangre, crecerá su miseria y cada día estará menos en estado de emanciparse por su propio esfuerzo.

Pensad en la lucha que sosteneis contra el sistema burgués; pensad en los medios de avivarla; de conducirla á un punto desde el que podais entrever la dicha que les espera á las generaciones futuras.

Cuando lo hayais visto bien, estaréis contentos de vosotros, os habréis reconciliado con la vida, y el sufrimiento dejará de ser el peor de los males.

Los socialistas autoritarios creen que si ellos conquistaran el poder, nada sería más fácil que decretar la justicia en las relaciones de los seres, y producir la felicidad de todos. Con solo cambiar las disposiciones sociales, sin trasformación alguna en el carácter de los hombres, esperan obtener los efectos de la bondad, en ausencia de la bondad misma!

Los anarquistas por el contrario, saben que la reforma social ha de comenzar por la reforma de nosotros mismos; saben que la reforma de la sociedad no es posible en este instante, porque abundan los hombres que, por ejemplo, maltratan á los que aceptan trabajar por un salario más bajo del que ellos quisieran; y en resumen porque todos somos demasiado egoistas, demasiado estúpidos, demasiado cobardes.

Entonces lo que debemos buscar, no es el poder de dictar leyes más ó menos odiosas, sino la mejora propia. Y no basta que seamos benevolentes; tenemos que conquistar la santidad. Una de las más grandes desgracias de las gentes buenas es que son cobardes, decía Voltaire. Y bien, no seremos buenas gentes; seremos santos, que esa es la suprema energía; el supremo coraje!

Es preciso que seamos fuertes. Cada uno de nosotros « deberá compararse ventajosamente con un río, con un roble, con una montaña. Deberá tener no menos caudal, expansión y resistencia que el río, el roble, la montaña. »

En esta sociedad todo el mundo es esclavo por falta de voluntad, por eso el mundo necesita salvadores y religiones.

El anarquismo es una religión. No quiero decir con esto que intente explicar el gran misterio de las cosas. ¿Pero que otro nombre puede darse á una doctrina que penetra hasta lo más íntimo de nuestra naturaleza moral, á una doctrina por la cual renuncia uno al placer y no retrocede ante la muerte?

Los que no comprenden más que el egoismo — gentes sensatas — ven en esto la imágen de la locura; no pueden creer que un gran entusiasmo se apoye en una gran verdad. Forzosamente ha de ser una gran quimera, ellos piensan; y se comprende: para